

Autobiografía sumaria

(Primicias del libro [en preparación]:
Antonio Ruiz de Elvira Prieto,
Memorias autobiográficas)

Antonio RUIZ DE ELVIRA PRIETO

1. Infancia

Nacido en Zamora el 15 de noviembre de 1923, primogénito en el seno de una familia de clase media (más bien media modesta que media alta), sólidamente asentada en principios de rectitud, orden y disciplina.

Padre: Antonio Ruiz de Elvira Benavente, 23.VII.1891 – 21.V.1973, manchego, de Manzanares (Ciudad Real), Ayudante de Montes (por oposición), con destino, a la sazón, en el Distrito Forestal de Zamora. Entusiasta del *Quijote*; también, algo menos, de Dickens, Ortega y Gasset, Valera, Unamuno, Pérez de Ayala, Shakespeare (y, con reservas, por ejemplo, de Gabriel Miró): amante, igualmente, de la música, clásica y de zarzuela, y del buen decir, de la gramática, de la propiedad y belleza del lenguaje. Buen conocedor de los nombres latinos, linneanos y postlinneanos, de las especies forestales, y en general de los temas forestales, tanto científicos como práctico-administrativos, muy profesional y consultado por sus compañeros y jefes, y colaborador de *El auxiliar de la ingeniería y arquitectura* y de varias otras Revistas cuyos títulos no recuerdo.

Madre: María Prieto Lozano, 25.V.1898 – 25.VIII.1964, nacida en Zamora, de padres procedentes de la Carballeda (comarca del Noroeste de la provincia de Zamora, contigua a la Sanabria), Profesora de Piano (con su título obtenido por enseñanza libre en el Conservatorio de Madrid [no lo había en Zamora]; pero nunca ejerció la enseñanza más que con nosotros sus hijos), carrera que por entonces cursaban muchas hijas de familia de la clase media, pero que no dejaba de implicar el disfrute de una cierta consideración social: mi madre era "una señorita de piano", y fue precisamente to-

cando ella el piano en casa como la conoció mi padre, desde un balcón de enfrente, surgiendo así en seguida una "relación" que terminó en boda a los pocos meses, en febrero de 1923.

Abuelo materno: Manuel Prieto Justel, 1851-1937, nacido en Muelas de los Caballeros (en la mencionada comarca de la Carballeda), hijo segundo del matrimonio Prieto – Justel, que tuvo otros seis. A diferencia de sus hermanos, que se quedaron siempre en Muelas, donde su padre les hizo una casa a cada uno, mi abuelo (que se casó con Manuela Lozano Prieto [hija de Teresa Prieto Lobato, y hermana de Margarita Lozano Prieto, dueña ésta del comercio de tejidos, en Zamora capital, que sigue existiendo y llamándose *La rosa de oro*], del vecino pueblo de Donado, y que falleció en 1910, teniendo mi madre, que era la menor de cinco hijos, 12 años), se estableció en Zamora capital, donde tuvo, hasta 1928, una pequeña tienda de tejidos, negocio modesto pero que no dejó de permitirle ayudar económicamente a sus hijos, y, especialmente, costearle a mi madre la susodicha carrera de piano. Mis padres, al casarse, se quedaron a vivir con mi abuelo, en su casa (los otros hijos hacía algún tiempo que ya no vivían en Zamora) hasta 1928; y, al pedir y obtener entonces mi padre nuevo destino en Murcia (en la Confederación Hidrográfica del Segura, en situación administrativa de "Supernumerario al servicio activo del Estado"), mi abuelo, que tenía ya 77 años, traspasó la tienda, y se vino a vivir con nosotros en Murcia, hasta su fallecimiento en 1937. Trece años conviví con él, y mucho lo quise siempre; por su gran bondad, y no menos por su sabiduría castellana, tan auténtica como humilde, su recuerdo y su influencia en mi formación han sido permanentes toda mi vida.

En Zamora, pues, transcurrieron mis primeros cuatro años y nueve meses, de los cuales tengo sobre todo en la memoria los paseos al parque de Valorio, y por la Avenida, y hasta la estatua de Viriato (estatua que siempre he pensado que debía ser la **única** en el mundo, y quizás siga siéndolo, que se le ha erigido en los entonces casi veintiún siglos siguientes a su vida de valiente, y a ello me inducía esta anotación final, a su breve biografía, en el Espasa abreviado de los años 30 [y acabo de verlo igual en la edición de 1974]: "En Zamora se le ha erigido una estatua"). Pero más afincado aún tengo el recuerdo de un veraneo de todos nosotros (mi abuelo, mis padres, mi hermana [que había nacido poco más de un año después que yo, el 17-XII-1924] y yo), en 1927 (yo tenía 3 años y 9 meses; el recuerdo, favorecido sin duda por lo mucho que después se habló en casa de ese veraneo, y por fotografías que conserva mi hija Isabel), precisamente en **Muelas de los Caballeros**, en casa del hermano mayor de mi abuelo, Juan Prieto Justel, el tío Juanín; y,

de sus otros hermanos, el recuerdo del pan de centeno de la tía Benita, el de los dulces de la tía Manuela, y el de haber yo trillado en la era del tío José, en una sillita del trillo en la que me sentaron; finalmente, el de mi padre a caballo y llevándome a mí en el cuello del caballo.

En septiembre de 1928, pues, nos trasladamos (mi abuelo, un mes más tarde) a Murcia. Todavía hoy, al subir en coche por el Parque del Oeste, en dirección a Rosales, viene muchas veces a mi memoria el frescor matutino de la misma subida, en taxi, en aquel lejano septiembre de 1928, desde la Estación del Norte, a la que habíamos llegado viniendo de Zamora, y en dirección al Asilo de Santa Cristina, enfrente y muy cerca de lo que es hoy la fachada Oeste del Hospital Clínico (que entonces no existía), y Asilo que años después quedó totalmente destruido en nuestra guerra, conservándose en la actualidad solamente un sencillo monumento con una inscripción conmemorativa. Del Asilo era capellán un sacerdote conocido de mi padre, y en el Asilo trabajaba también, creo que como ama de llaves, mi madrina, Olimpia (que lo había sido en representación de mi abuela paterna, Catalina Benavente, y que era de Manzanares, paisana de mi padre y amiga de la familia); y supongo que estaríamos allí hasta la hora de salir para la Estación de Atocha, para tomar el tren de Murcia (el correo Madrid – Cartagena, sin duda).

2. Más infancia; y adolescencia

En Murcia pasé todo el resto de mi infancia, y mi adolescencia, 1928-1941, casi trece años. Aprendí a leer a los cinco años de edad; empecé, con mi madre, el solfeo al año siguiente, con seis años, y el piano dos años después, a los ocho.

Ingresé en el Grupo Escolar "Cierva Peñafiel" en 1930, dos meses antes de cumplir los siete años, y en él recorrió cuatro grados ascendentes ("Escuelas graduadas" solía llamarse a aquel tipo de escuelas del Estado, consideradas como modernas y ejemplares) hasta 1934, en que, con diez años, ingresé en el Instituto de Segunda Enseñanza de Murcia (después llamado Instituto "Alfonso X el Sabio"). La enseñanza en el "Cierva Peñafiel" (que sigue estando en el mismo edificio, y así se sigue llamando) era elevada y exigente para ser primaria. En matemáticas (aparte de operaciones o problemas práctico-comerciales como las reglas de mezclas y los repartos proporcionales entre socios, que a mí me parecieron siempre muy poco científicos, aunque no más científico me sigue pareciendo, por ejemplo, y quizás por ignorancia, el cálculo de probabilidades), hacíamos, por ejemplo, no ya sólo

raíces cuadradas, sino raíces **cúbicas**, que ocupaban varias hojas de cuaderno cada una, y acompañada cada una de la correspondiente prueba; cuando llegamos al Instituto nos encontramos con que sólo se hacían raíces cuadradas, lo que nos parecía un retroceso facilitante pero casi decepcionante. En gramática aprendíamos todo lo esencial, practicábamos largamente el análisis, nos familiarizábamos con nociones, como los "géneros" epiceno, común y ambiguo, que luego en el Instituto, y más aún en la Universidad en latín y en griego, apenas se tocan y quedan en pura ignorancia o confusión; y con la prótasis, epéntesis y paragoge, y aféresis, síncopa y apócope, y con las "figuras de dicción", juntamente con los barbarismos y solecismos, materia esta última, en su aspecto "normativo", hoy "superada" según el (en conjunto, sin embargo, magnífico) *Esbozo...* de la Academia, sin que nadie explique ni sepa en qué consiste la tal "superación".

En literatura fueron especialmente luminosas las clases de los famosos "cursillistas" de 1932 y 1933, de lo que di una breve muestra en la *Entrevisa* que me hizo Vicente Cristóbal en 1991 (publicada en el "Boletín Informativo" núm. 16, diciembre de 1991, de la Delegación de Madrid de la Sociedad Española de Estudios Clásicos; en lo sucesivo: la **Entrevisa**; p. 102)*. Y por el estilo eran las exigencias en redacción y ortografía, en geografía, historia y ciencias naturales.

La Historia Sagrada figuraba y se dio en el curso 1930-1931, pero se suprimió, con la República, a partir del 1931-1932, como se suprimió, por la alergia masónica a la España de Felipe II etc. etc., el himno que cantábamos en los recreos en ese primer curso mío en el "Cierva Peñafiel":

Es la noble España
la sin par nación,¹
en cuyos dominios
no se puso el sol.
De ella somos hijos,
nuestra madre es,
la que en mar y tierra
la primera fue.
Viva la Patria

* Entrevisa recogida en el presente volumen (pp. 41-48); la referencia es a p. 47 (N. de los eds.).

¹ Yo no entendía esto, y pensaba que sería la *simparnación*, nombre de acción y efecto de un verbo, "simparnar", que todavía entendía menos.

que en hidalguía
y valentía
tiene blasones;
ella fue reina
de las naciones,
y humillaciones
no consintió.
Y cuando la Patria
nos llame a la lid,
por ella debemos
vencer o morir.
Viva la Patria...

Y llegó el mes de junio de 1934, y, teniendo yo 10 años, me examiné de Ingreso en el Instituto, examen que tuvo lugar en el Salón de Actos, el mismo Salón en el que, no hace muchos años, en 1993, tuve la gran emoción de dar una conferencia sobre Horacio, ante una mesa que no sería ya la misma, pero sí en el mismo lugar, y así lo manifesté al empezar la conferencia, que la que en 1934 ocupaba el Tribunal que me examinó de oral, Tribunal en el que sólo recuerdo al Catedrático de Geografía D. Leonardo Martín Echeverría, con sus preguntas inteligentes y amables.

Este D. Leonardo, que en el curso inmediatamente siguiente, 1934-1935, primer curso de Bachillerato para mí, nos dio la clase de Geografía, era el autor de una *Geografía de España* (en la "Colección Labor") que, por recomendación de otra Profesora, ya en el curso siguiente (en que ya no estaba en Murcia D. Leonardo, habiendo pasado a Madrid), me permitió mi padre comprarme, y que es un precioso Manual, en tres tomos, que toda la vida he leído y sigo leyendo, y releyendo en las páginas correspondientes, a la vuelta de cada excursión por las diferentes regiones de España. Tengo en casa otros, incluso algún tratado de Geografía de España muy extenso y obra colectiva de reputados autores muy posteriores, pero ninguno lo leo con la fruición que el de D. Leonardo. No es sólo geografía lo que contiene; en las principales ciudades, pueblos y comarcas, hay con frecuencia una breve, pero siempre cálida evocación histórica, con apenas contenido entusiasmo por las glorias pasadas (o, en su caso, lamento por su posterior decaimiento): incluso por las de la época de Felipe II! No parece que D. Leonardo estuviera contaminado por la arriba mencionada alergia masónica. No sé si fue masón o no. En todo caso perteneció a Izquierda Republicana, y en la guerra fue, en la zona roja, por lo menos desde septiembre de 1936 hasta junio de 1938,

Subsecretario de Instrucción Pública; supongo que lo pondrían para compensar o disimular en ese Ministerio la presencia comunista en la persona de su titular Jesús Hernández (murciano de nacimiento, por cierto, y a quien, juntamente con la Pasionaria, conocí en un mitin, en el Teatro Circo Villar, al que asistí, a pesar de no haber cumplido todavía los trece años, en octubre o primera semana de noviembre de 1936), y en la de Renau, Director General de Bellas Artes (del cual, dicho sea de paso, me gustaría saber, porque no me lo aclara Sánchez Cantón ni nadie, si fue él el que protegió el Museo del Prado, y si fue gracias a él [o gracias a otra persona, o por casualidad] por lo que no sufrieron daño alguno, por ejemplo, los Monasterios de las Descalzas Reales y de la Encarnación, a diferencia, por ejemplo, de la Iglesia de San Andrés y de tantas otras bestialmente incendiadas, destrozadas o saqueadas por las turbas; y me gustaría saberlo porque, aunque a él no lo conocí, sí he manejado los libros de su biblioteca, en casa de su hermana "Tildica", en Teruel, en 1941).

El Instituto de Murcia tenía también otros Catedráticos igualmente ilustres:

D. Pedro Lemus y Rubio (que **quizá** fuera el Presidente del mencionado Tribunal que me examinó de Ingreso), autor de varias obras, de las que sólo conozco (y sólo cayó en mis manos 16 años más tarde, en 1950) una apreciable Métrica latina (*Los versos latinos*), y al que apenas conocí, en una o dos clases iniciales de *Lengua española y literatura* de primer curso, pues fue sustituido muy pronto por D. Eduardo García de Diego; el vago recuerdo que de D. Pedro Lemus conservo lo dibuja como hombre de retórico empaque, pero "agradablemente retórico" como Filón de Bizancio en el Περὶ ἐπτὰ θεαμάτων (en *Silva...*, p. 269);

D. Eduardo García de Diego, gran latinista (como su hermano D. Vicente García de Diego, autor de libros que D. Eduardo nos ponía de texto), con el que cursamos (por no existir la asignatura de *Latín* en los tres primeros cursos en nuestro Plan Villalobos, Plan que empezó precisamente en 1934-35), *Lengua española y literatura* en primero y segundo curso. Mucho me enseñó de la asignatura, pero más aún con su ejemplo de profesor "duro" (exigente, pero humano y justo) y sin el menor atisbo de *captatio benevolentiae*, lo que concordaba a la perfección con mis inclinaciones desde la cuna (creo);

D. Ignacio Martín Robles, de Matemáticas (Director del Instituto antes de la guerra; creo que tiene una calle en Murcia); lo conocí a partir del tercer curso, ininterrumpidamente hasta el séptimo inclusive. Muy claro en sus explicaciones;

D. Francisco Sánchez Faba, de Agricultura (Secretario del Instituto durante la guerra, Director después); en séptimo curso. Entusiasta de Columela, a quien citaba en latín;

D. José Andreo García, de Latín: sólo en los cursos sexto y séptimo. Tenía ideas muy claras en sintaxis, y daba actualidad al mundo antiguo;

D. Victoriano Ribera, de Ciencias Naturales, Director ("Comisario Director") del Instituto desde el comienzo de la guerra. Explicaba bien, muy acordemente con los libros de Salustio Alvarado, verdaderas joyas que muchas veces sigo parcialmente releyendo, como muy bien sabe su hijo Rafael, buen amigo y compañero.

D. Gonzalo Suárez Gómez, de Francés, **el mejor profesor de Francés**, en los cursos tercero y cuarto; y, más tarde, en 1951, y, sobre todo desde 1967 hasta su muerte, un amigo muy querido, lleno de bondades hacia mí. Era el padre del después gran cineasta Gonzalo Suárez Morillas, a quien, de dos años, llevaba él de la mano, paseando por Murcia, cuando con el niño llegó el matrimonio a Murcia, procedentes de Oviedo, en los últimos meses de 1936. Al empezar el curso 1951-1952, siendo yo ya Profesor Adjunto por oposición, de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, me encontré, repasando las fichas de los alumnos no mucho después de comenzar el curso, con un Gonzalo Suárez Morillas nacido en Oviedo en 1934, y al punto me acordé de todo; lo llamé, le pregunté si era hijo de D. Gonzalo Suárez, Catedrático de Francés, me dijo que sí, le hablé de su padre con admiración, y le dije, incluso, que tenía yo, comprado en 1937 (mi padre me daba dinero, como ya se ha visto, para comprarme los libros que por lo que yo le decía le parecían valiosos, aunque no fueran de texto), el tomo I de su *Anthologie de la littérature française*. Dos días después, al salir yo de clase, me estaba esperando D. Gonzalo, con el tomo II de dicha *Anthologie*, con expresiva dedicatoria.

D. Laureano Sánchez Gallego, Catedrático de la Universidad de Murcia, de Derecho Romano, y Rector ("Rector-Comisario") de la misma desde el comienzo de la guerra. Al empezar, en octubre de 1937, nuestro cuarto curso de Bachillerato, y no habiendo en el Instituto ningún Catedrático de Latín (pues D. Eduardo García de Diego estaba en la zona nacional; más tarde llegaron dos: uno, cuyo nombre no recuerdo y del que nunca fui alumno; y el otro, D. Pedro Martín Robles, hermano de D. Ignacio, y traductor, después, de Plauto y de Séneca trágico, pero que sólo nos dio una clase, y no de Latín sino de Francés), el susodicho D. Victoriano Ribera, Director del Instituto, le pidió por favor a D. Laureano que se hiciera cargo de las clases de Latín, que empezaban entonces en nuestro Plan Villalobos. Aceptó D. Lau-

reano, aunque por muy poco tiempo, y fue así mi primer profesor de Latín, excelente, lleno de sabiduría, de llaneza y de sugerencias; de amplia panorámica histórica y cultural; una preciosidad, en suma, las tres o cuatro clases que nos dio (no creo que fueran más, y nunca he sabido por qué no siguió). Algunos detalles más: en la **Entrevista**, p. 101*.

Y ahora tengo que hablar de otros Profesores no Catedráticos del Instituto, para mí valiosos por diversos títulos:

D. Enrique Antón, que se hizo cargo de nuestras clases de Latín al dejarlas D. Laureano. Era Director del "Cierva Peñafiel", y yo ya lo conocía desde mi último curso en dicho Grupo Escolar; no era mal latinista; recuerdo, en sus clases, Fedro y Nepote, y, especialmente, una clase en que nos explicó, algo detalladamente, el *vae victis*, que casi 40 años después estudié yo exhaustivamente en mi artículo "Vae victis. Reflexiones analíticas sobre escenas famosas de la historia de Roma".

Dña. Manolita (no recuerdo ningún apellido), entusiasta Profesora de Geografía (no tanto, de Historia), que nos hacía preparar (teníamos 11 años) conferencias monográficas, uno por uno, y exponerlas ante la clase; a mí me tocó la Unión Soviética, y empecé así: "Es de tan grandes proporciones el antiguo Imperio de los Zares, hoy Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que no podríamos abarcar en una sola conferencia sus aspectos esenciales". Ella fue la que nos recomendó la *Geografía de España* de D. Leonardo, de la que tanto he hablado antes, y ella la persona que por vez primera en una clase (pero después de mi padre, que ya mucho antes me había explicado, en una exposición, un cuadro con el Juicio de París) estimuló mi afición a la **mitología** recomendándonos, esta vez, un librito, que me compré en seguida, pero que (pese a la buena voluntad de Dña. Manolita) es de lo menos feliz para hacerla atractiva, el Steuding (uno de los muchos colaboradores, como supe bastantes años más tarde, del Roscher), en la traducción (lamentable, por su parte, aunque de una persona insigne de la que luego hablaré con gran admiración: *quandoque bonus...*) publicada también en la "Colección Labor"; estoy seguro de que mi afición a la mitología, sin duda innata, triunfó de lo desapacible del tal librito. [Mi hijo Antonio tuvo en cambio (24 años después) la suerte de leer, a los ocho años de edad, el Schwab (*Las más bellas leyendas de la Antigüedad Clásica*), en la traducción, también en *Labor* pero en distinta colección, de Payarols, y con la excelente presentación y revisión del muy meritorio Valentí Fiol.] Y fue tam-

* En el presente volumen, pp. 45 s. (N. de los eds.).

bien Dña. Manolita quien nos recomendó el *Clio. Iniciación al estudio de la historia*, de Rafael Ballester y Castell (abuelo materno, según he sabido 60 años después, de mi buen amigo, antes mencionado, Rafael Alvarado Ballester), libro que también me compré en seguida, y que me ha sido siempre tan querido, y tan leído y releído, como la *Geografía de España* de D. Leonardo.

Hasta aquí he hablado, con gran preferencia, de los aspectos positivos o agradables de la realidad que me circundó en mi infancia y adolescencia, omitiendo los desagradables, que no faltaron, como no faltan jamás en la vida de nadie [salvo en alguna que otra utopía, como la del protagonista de *La salvaje de Anouïlh*, y, por supuesto, en la hesiodea raza de oro y virgiliano-ovidiana edad de oro que tan detalladamente tengo estudiadas]. Pero en este momento considero un deber moral al relatar mi biografía, por el tremendo impacto, negativo o revulsivo, que tuvo sobre mí, decir algo sobre una de las infinitas atrocidades de la zona roja. Desde hace **por lo menos** 25 años es lo *fashionable* hablar de las de la zona nacional, de la represión de la posguerra, etc. etc., y callar las de la zona roja, o disimularlas con vaciedades o eufemismos. Pero la que voy a contar no me la contaron (como me han contado otras muchas, y como tantos millares que están en los libros de historia), **la vi yo**, a mis (todavía) doce años, aunque bien me riñó mi padre por ir a verla (como me riñó poco después por asistir al mencionado mitin de la Pasionaria y Jesús Hernández). En septiembre de 1936 (el día 9, si no recuerdo mal) las turbas, incitadas por profesionales del energumenismo político, asaltaron la cárcel de Murcia, con el propósito de linchar a diez presos que habían sido condenados a muerte por un "tribunal popular", y esperaban la ejecución o no ejecución de la "sentencia".

No consiguieron del todo su propósito, porque los guardianes de la cárcel mataron a dichos prisioneros, acribillándolos a tiros por los pasillos, para evitar el linchamiento (se salvó uno, que yo sepa, el Catedrático, de Derecho Mercantil de la Universidad de Murcia, D. Salvador Martínez-Moya, por encontrarse enfermo, creo, en la enfermería de la prisión; estuvo en la cárcel hasta el fin de la guerra, y, 19 años después, empecé a tratarlo como afectuoso compañero en la Universidad [se jubiló dos años después]; de visita yo ya lo conocía por haberlo visto, pocos meses antes de la guerra, en el entierro de otro Catedrático, Domínguez, padre de dos compañeras mías del Instituto, y entierro al que asistí porque sentía inclinación por una de ellas, tras pedir y obtener de mi madre detalladas indicaciones sobre lo que tenía yo que hacer y decir en aquel acto para mí insólito). Pero aquellas masas febres y envenenadas no se contentaron con verlos muertos, sino que se pro-

curaron (o quizá más bien ya las llevaban preparadas para arrastrarlos vivos) largas y fuertes sogas, con las que ferozmente arrastraron los cadáveres por las calles de Murcia.

Estaba yo en nuestro domicilio de la calle Proclamación, junto al Jardín de Floridablanca, o quizá en el jardín mismo, cuando oí un espantoso griterío, de una muchedumbre berreante y bestial, en la otra calle que por el lado opuesto bordea igualmente dicho Jardín, y que termina, a unos 30 o 40 metros de una de las entradas del mismo, frente a la Iglesia del Carmen. Atravesé el jardín, y, al llegar a dicha entrada, me encontré con aquella horda, miré hacia la Iglesia, y vi, colgado por la cintura del balcón de su fachada, el cadáver, balanceándose, y al que en aquel momento estaba pintarajeando un esbirro, del que no dudé un instante (porque sabía que era uno de los diez condenados a muerte; y me fue confirmado poco después) que era el de D. Sotero, que había sido párroco de dicha Iglesia (mi parroquia, donde había hecho la Primera Comunión, donde en las misas dominicales un buen organista [el músico que dirigía nuestros ensayos, en tres o cuatro representaciones infantiles de zarzuela, una vez al año, en las fiestas del Carmen] tocaba en magnífico órgano espléndentes piezas; la iglesia fue convertida en garaje, y destruidos a conciencia el órgano, las imágenes y los altares). El cadáver había sido arrastrado, con maromas, desde el otro extremo de la ciudad, donde estaba la cárcel.

Es cierto que no hubo ninguna otra jornada parecida, y que, aunque hubo "paseos", y hubo incendios y destrucciones (así, por ejemplo, la de las magníficas imágenes de la Iglesia de San Bartolomé, a hachazo limpio), en conjunto, no obstante, Murcia capital fue de las ciudades de la zona roja menos castigadas por la furia asesina, incendiaria e iconoclasta, o al menos así lo han proclamado siempre los murcianos (en la provincia, al menos en Casasparra, sí arrastraron vivos, hasta morir, a algunas víctimas), habiendo sido especialmente dichosa la preservación de los nueve pasos, ocho de ellos de Salzillo, de la procesión de Viernes Santo, que alguien, nunca he sabido quién, tuvo la buena idea y el coraje de ordenar que de la Iglesia de Jesús fuesen trasladados a la Catedral, cerrándola a piedra y lodo.

Y, en relación, algo remota, pero no insignificante, con uno de los más peligrosos de aquellos "paseantes", tengo que contar también una escena de la que igualmente fui testigo presencial, pero de la que obtuve una buena enseñanza, muchas veces presente en mi espíritu en diversos momentos a lo largo de toda mi vida, y que fue un ejemplo de energía y valor que, de la forma más imprevista e impremeditada, me dio mi padre (quien, algunas veces que se lo he recordado, le ha quitado importancia), como ahora se verá.

Corría ya el segundo trimestre de 1938, y teníamos en casa a mi tío José María y a sus dos hijas (traídos por mi padre desde Almería, en penosas circunstancias); y hete aquí que llaman a la puerta y aparece una gitana malagueña con cuatro "churumbeles" afectados de tracoma (una enfermedad ocular peligrosa y contagiosísima), con la pretensión (creo que "avalada" por una comunicación del encargado o "Responsable" del Comité de Refugiados), de que les demos alojamiento gratuito y pensión completa gratuita, por tiempo indefinido. Se les negó la entrada, por supuesto, por ser totalmente ilegal e improcedente, y propio de un Hospital, y no de un domicilio familiar, lo que pretendían. La gitana, que se fue fulminando maldiciones, debió decírselo en seguida al tal "Responsable" del Comité de Refugiados, que había sido uno de los asesinos de "paseos" más conocidos en Murcia (y digo "había sido" porque a la sazón ya no había "paseos" incontrolados, o al menos hubo algún caso que no quedó impune, aunque sí había chekas secretas de tortura, controladas por el famoso SIM).

Al día siguiente, en efecto, al volver yo del Instituto (tenía yo 14 años), veo, enfrente de casa, junto a la verja del arriba mencionado Jardín de Floridablanca, a mi padre hablando con un individuo de malísima catadura, vestido de cualquier manera pero con un pistolón (más o menos del nueve largo) al cinto (como en los tiempos de los "paseos"); me acerco, y, sin decir palabra en toda la escena, presencio la conversación. O, por mejor decir, la discusión, subida de tono y con amenazas por parte de aquel individuo (que no era otro, y así me lo pareció en seguida, que el tal "Responsable" y antiguo asesino); y, por el contrario, con firmísima decisión, sin perder la compostura, por parte de mi padre, que llevaba como **arma** el número de la *Gaceta de Madrid* en el que venían las disposiciones oficiales, muy detalladas, sobre cómo y con qué requisitos y condiciones (entre otros el número de habitaciones disponibles) estaban obligados los particulares a admitir "alojados". Le demostraba mi padre, enarbolando dicha *Gaceta*, que, dado el número de habitaciones de nuestra casa, y el hecho de tener con nosotros a mi tío y a sus dos hijas, teníamos más que completo el cupo señalado por el Gobierno, y no teníamos obligación alguna de admitir a nadie más; y le advertía que se abstuviera de enviarnos de nuevo a la gitana. El otro no cedió lo más mínimo en sus arbitrarias y chulescas exigencias, y, tras cerca de una hora de discusión, se marchó no sin anunciar que mandaría de nuevo inmediatamente a la gitana, y que tomaría represalias si no la admitíamos. Subimos a casa, y mi padre nos dio terminantes instrucciones, si la gitana llegaba en ausencia suya, de cerrarle la puerta sin más contemplaciones. Y así ocurrió: volvió con sus cuatro criaturas, se le dijo que se fuera, se fue lan-

zando nuevas maldiciones, y no hubo más. El tal "Responsable" debió darse cuenta de lo ilegal de sus pretensiones, y ya no se atrevió ni a insistir ni a presentarse él con la gitana.

Siguió el último año de la guerra, en el que pasamos cada vez más hambre y más caos. Yo seguí, sin embargo, yendo al Instituto, donde, pese a todo, se dieron las clases con relativa normalidad hasta el 28 de marzo de 1939, y mi nunca desfalleciente, en medio de aquellas condiciones, afición al estudio era una especie de eficaz antídoto para enterarme lo menos posible de aquel calvario.

Y llegó la "liberación", porque lo fue de verdad, porque era empezar una nueva vida llena de esperanzas, por lo menos para mí que tenía 15 años (y para otros infinitos); y que más que nunca me permitió volcarme en los estudios, a la vez que en la música todo lo que pude, en la literatura, y, por otra parte, en la natación y gimnasia.

Mi padre, en cambio, pasó "un mal rato" (así lo llamaba él muchos años después). Por sus ideas izquierdistas, aunque muy moderadas, y por no haber sido perseguido en la guerra (a diferencia de su jefe inmediato, el Ingeniero Musso, uno de los salvajemente acribillados y ferocísimamente arrastrados en la jornada del 9-IX-36; y de su compañero García Legaz, en la cárcel toda la guerra, y que después se portó como un amigo de verdad: lo recuerdo visitándonos varias veces y tratando con mi padre de la mejor manera de defenderlo), mi padre fue sometido a expediente de "depuración" (como los de "purificación" de los dos períodos absolutistas de Fernando VII), reducido durante más de un año al 25 % del sueldo, y sancionado al fin con traslado forzoso, al Distrito Forestal de Teruel, durante dos años (después se quedó voluntariamente otros cuatro, trasladándose por último a Segovia, de donde ya no se movió). Pero reaccionó bien, se adaptó con coraje a la nueva situación (sin dejar de escuchar a diario, como tantos otros más o menos perseguidos, la BBC), y vivió con relativa felicidad (que no es poco) hasta los 81 años y diez meses, falleciendo en mayo de 1973.

Un rasgo (entre otros muchos episodios dignos de recordación en la guerra, aquí omitidos por lo sumario de esta biografía), que muchas veces he recordado gratamente, como muestra de buena voluntad o commiseración, solidaria y gratuita, fue, en enero de 1939, el de un camionero desconocido que, al vernos, a mi padre y a mí, pesadamente cargados con sendos sacos de harina (de 12 kilos y medio cada uno) en camino hacia Murcia (a casi 11 Km.) en la carretera de Alcantarilla, paró espontáneamente el camión, nos preguntó, con su, tan ruda como castiza y auténtica, habla murciana, "¿van pa Murcia?", y al decirle nosotros que sí, nos indicó: "suban ahí atrás"; su-

bimos, y nos dejó cerca de casa, junto al varias veces mencionado Jardín de Floridablanca, ahorrándonos, como he dicho, cerca de 11 Km. de penosa caminata. Hacía poco rato, en efecto, que habíamos emprendido ese recorrido de 11 kilómetros. En medio del hambre de la zona roja en aquellos días (comíamos trigo cocido con agua, sin pan, y naranjas; no había otra cosa la mayor parte de los días), un amigo y compañero de mi padre, de Izquierda Republicana (el partido de Azaña, al que, como dije, pertenecía también D. Leonardo Martín Echeverría), que acababa de llegar a Murcia con el cargo de Delegado de Agricultura, nos proporcionó unos "vales" para conseguir 25 kilos de harina en una fábrica de Alcantarilla. No había más medio de transporte (los trenes eran un auténtico desastre, sin horarios, y muchas veces con sólo vagones de mercancías) que unos autobuses viejísimos y desvencijados (que no se llamaban así, sino "camionetas" o "coches de línea"), que "alcanzaban" la velocidad máxima de 30 Km. por hora, y con horarios también imprevisibles. Tomamos uno de ellos en Murcia a primera hora de la tarde. Tuvimos que hacer unas seis horas de cola en la dichosa fábrica de harinas de Alcantarilla, y una nueva interminable cola para la "camioneta" de vuelta, y, cuando todavía nos faltaban unos 50 metros, nos dijeron que la que acababa de partir era la última de aquel día. Eran las once de la noche, no había taxis, y nos pareció que la opción menos mala era cargarnos los sacos a cuestas y emprender la marcha por la carretera, sin esperanza alguna de que nadie nos llevara. Pero apareció aquel camión providencial, y desde entonces he sabido mejor que nunca que también hay gente buena, por mucho que cueste creerlo habitualmente (*homo homini lupus*, por el ADN sin duda).

En mayo de 1941 terminé el Bachillerato, y, un mes más tarde, me sometí, imprescindiblemente para obtener el título de Bachiller Universitario, a lo que entonces se llamaba "Examen de Estado", en la Universidad de Murcia. En dicho Examen (que constaba de una prueba escrita [un problema de Matemáticas más la traducción de un breve texto latino] y, sobre todo, una oral, en la que un Tribunal de cinco señores examinaba, de uno en otro, en unos quince o veinte minutos para cada examinando, con preguntas, escogidas por ellos y por sorpresa, naturalmente, de entre la totalidad de los programas de la totalidad de las materias cursadas en los siete cursos del Bachillerato) tuve uno de los encuentros más decisivos y bienhechores de toda mi carrera y mi vida, sólo superado, cinco años más tarde, por el encuentro con la que después fue mi esposa y madre de mis cuatro hijos, que fue lo mejor, lo más dulce y maravilloso, y lo más para siempre (a pesar de habernos separado la muerte hace catorce años y siete meses) que me ha pasado en toda mi vida. Fue aquel encuentro de 1941 el conocer a D. Santiago Montero

Díaz, Presidente de aquel Tribunal aunque sólo tenía 30 años y era el más joven, con mucho, de sus miembros. Le gustó tanto mi examen oral (de Historia, de lo que él era Catedrático, ya de la Universidad de Madrid, aunque se había quedado en Murcia para terminar aquel curso 1940-1941), que, tras decirle a D. Andrés Sobejano (sobre el cual v. *infra*, y que estaba a su lado, examinaba de Literatura, y era mi inmediato turno) que me preguntara algo difícil, para poder lucirme yo, le seguía diciendo, también en Literatura, patrocinó y defendió (durante las calificaciones), de acuerdo con tres miembros del Tribunal, pero en contra del restante, mi nota de Sobresaliente; y, no contento todavía, me envió recado de que compareciese ante el Tribunal para un examen especial de Premio Extraordinario (un solo Premio en aquella convocatoria), que, tras el ejercicio correspondiente, me otorgaron, ahora por unanimidad.

Tras de lo cual me llevó al Decanato (era él todavía Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y por eso presidía aquel Tribunal), y tuvo conmigo una conversación acerca, entre otros temas, de lo que yo pensaba hacer a continuación. Le dije que iba a estudiar Medicina en Madrid, lo que le extrañó, pero no se opuso, y se me ofreció en Madrid para lo que necesitase. Y pocos días después me envió a Teruel (donde acabábamos de instalarnos, siguiendo a mi padre que ya llevaba un año allí) varias publicaciones suyas, a saber, varios preciosos artículos, y sobre todo, con afectuosa dedicatoria, su libro *Introducción al estudio de la Edad Media Universal*, que conservo como oro en paño.

Y toda la vida siguió D. Santiago Montero Díaz siendo mi bienhechor, especialmente en algunos momentos difíciles de la mía, y ello a pesar de que mi conducta para con él no siempre fue ejemplar, en alguna que otra actuación mía no muy acertada. En cuanto a su valía intelectual y personal, fue siempre arrolladora para cuantos lo conocieron (salvo para algún que otro compañero roído por la envidia); fue absolutamente genial, aun cuando su bibliografía, siempre sabia, fina y sugestiva, pero no muy abundante, no diera de él una imagen suficiente para ponerlo a la altura que verdaderamente merece. Fueron siempre brillantísimas sus conferencias, innumerables. Noble y generoso al máximo, y "defensor de todas las causas perdidas".

3. Juventud en la Universidad

Si hasta 1941, según se ha visto, encontré muchas veces gente estupenda y favorable, no fue así después; desde entonces hasta hoy lo que más he

encontrado, salvo notables excepciones, ha sido gente rutinaria y desagradable. *Superat et crescit malis* (Sen. *Herc. fur.* v. 33): superar los obstáculos ha sido siempre mi tarea (alegre tarea, por lo común: *laetus imperia excipit* v. 42, y *fi/nis al/terius/ mali // gradus est/futu/ri. pro/tinus/ reduci/ novus // para/tur hos/tis*, vv. 208-210, y *an/tequam/ laetam/ domum // contin/gat ali/ud ius/sus ad/ bellum ex/eat* vv. 210 s. [y es *exeat* yusivo, y no el conjectural *meat*; muy bien en Trevet: "quia reduci, id est Herculi revertenti ab uno periculo devicto, **exeat iussus, id est, exire iubetur**"]); y, en ese orden de cosas, junto a los héroes de la mitología, y alguno que otro de la historia, también han sido para mí permanentes modelos, que he procurado imitar desde los 11 años, los de Julio Verne: Miguel Strogoff, el capitán Nemo, el profesor Lidenbrock, Barbicane, Dick Sand.

Nunca he sido de nadie, de ningún grupo, lo que tiene muchos inconvenientes, pero amplísimamente compensados por el mayor disfrute de la **libertad**, el mayor bien de la vida después de la vida misma; y gracias a todo ello me he divertido quizá más de lo corriente. Siempre he procurado **respetar lo respetable; y no respetar lo no respetable** aunque, o porque, otros lo respeten (menos aún, si cabe, en este último caso: cf. pp. 210, 214 y 209 de *Pautas para una seducción*; también p. 99 de la **Entrevista***, p. 30 de *Mitología clásica y música occidental*, y p. 302 de *Silva...*). Οὐαὶ αὐτῷ τῷ ἐνί (Eccles. 4,10; *vae soli* en Vulgata y Nova Vulgata), pero *redit et victoria victis* (PLM V 350), *iam victi vicimus* (Cas. 510), ἀγρευθεὶς ἔγρευσεν (AP IX 94) y *vi/cimus/ victi/ Phryges* (Sen. *Agam.* 869).

En el curso 1941-1942, pues, empecé Medicina en Madrid, pero la abandoné tras mes y medio de clases, en San Bernardo, del "Curso preparatorio", que comprendía Física (con D. Julio Palacios), Química (con el Dr. Ipiens), Biología (con D. Emilio Fernández Galiano, el padre, evidentemente) y Matemáticas (con un profesor cuyo nombre no recuerdo, pero sí que se le solía llamar "el incompatible" porque por lo menos la primera media hora de clase la dedicaba a hablar de cómo resolver las incompatibilidades horarias que al parecer tenían tres o cuatro de los más de 100 alumnos que cursábamos dicho Preparatorio). Los motivos que me impulsaron a abandonar esa apenas incoada carrera de Medicina fueron un primer "quemar mis naves" (años después lo hice una vez más, al pedir y obtener, en 1952, la excedencia en Estadística; y, para esa expresión, v. *CFC IX* 1975, pp. 21-23, y *XXI* 1988,

* En el presente volumen, p. 43 (N. de los eds.).

p. 292) algo complejo, que expondré detalladamente en el libro autobiográfico extenso.

Por el momento me quedé sin hacer nada en la casa paterna. Un mes después (en febrero de 1942), solicité ser admitido a un curso de formación para obtener una plaza de Piloto de Complemento del Ejército del Aire (siempre me atrajo la aviación; seguí con intensa emoción el al principio apoteósico y al día siguiente letalmente trágico vuelo de Barberán y Collar, en 1935 creo), pero no me admitieron por falta de "agudeza ocular".

La carrera de Filosofía y Letras la empecé ya en enero de 1944, en Zaragoza, tras perder dos años de formación universitaria (por lo dicho, y por haberme, en su virtud, en cierto modo obligado mi padre, al proponerle yo ¡por fin! emprender esa carrera, a empezar por hacer oposiciones, que poco después gané, en noviembre y diciembre de 1942, al Cuerpo de Ayudantes Administrativos de Estadística —después Estadísticos Técnicos del Instituto Nacional de Estadística—, y a permanecer un año en ese Servicio en Castellón de la Plana). Grande era mi entusiasmo (tras importantes vivencias espirituales que tengo reseñadas en p. 102 de la *Entrevista*)*, por el griego y el latín por supuesto, pero con miras a cursar, a partir del tercer curso, la Sección de Filosofía en Madrid. Al terminar el segundo curso, sin embargo, consiguió D. Vicente Blanco García, y siempre se lo he agradecido, que me decidiera por Filología Clásica, también en Madrid.

De mi estancia en Zaragoza en aquellos años 1944 y 1945 conservo algunos recuerdos especialmente gratos, como los magníficos conciertos en el Teatro Principal (entre muchos otros, varias Sinfonías de Beethoven dirigidas por Toldrá, y uno de piano, con varios Preludios y Fugas del *Wohltemperierte Clavier* [en el título el participio adjetival está precedido del artículo, y es, por tanto, *Das wohltemperierte Clavier*, designación pleonástica, como muy bien dice Salazar, pp. 87 s. de su *Juan Sebastián Bach*, pero, preciso yo, ya desde hacía 31 años preparada por las obras teóricas de Andreas Weckmeister, sobre todo la *Musikalische Temperatur oder... wie man... die Orgelwerke... und dgl. wohltemperiert stimmen könne* de 1691] por Ataúlfo Argenta, entonces todavía no Director de Orquesta sino pianista, que acababa de llegar de Alemania, donde, según nos dijo, había sido Director del Conservatorio de Kassel).

Pero, no menos, la música de los órganos del Pilar y de La Seo, y no ya sólo en las magníficas Misas Pontificales del Arzobispo Rigoberto Domé-

* En el presente volumen, p. 46 (N. de los eds.).

nech (noble anciano de venerable y majestuosa ritualidad; hoy no me parecería tan anciano, pues él tenía entonces 74 años, y yo tengo ahora 76), que eran (y siguen siendo las actuales) espectáculos del más espléndido "audiovisual" concebible, y precedidas de las famosas Tercias solemnes, alternadas, de versículo en versículo, de polifonía coral-organística y gregoriano, con texto en latín, evidentemente, del Breviario (hoy *Liturgia Horarum*); y también precedidas, al menos en el Pilar, de las grandiosas marchas procesionales, con las fanfarrias de Flandes, como no las he visto en ningún otro sitio, y cuyo cantus firmus lo recuerdo muy bien y lo he cantado a veces con alguno tan entusiasta como yo de todo esto (hoy sigo haciendo más o menos lo mismo en la Almudena, donde desde hace poco más de medio año suena el mejor órgano de Europa, tanto en Misa como en conciertos del más alto nivel también europeo); yo acudía casi una hora antes y cogía el mejor sitio. No sólo en ellas, digo, sino hasta en las misas de diario: recuerdo especialmente una de éstas, en La Seo, en cuyo Ofertorio el organista tocó (la reconocí al instante) la Fuga en Sol mayor núm. 15, de la parte Primera, del dicho *Wohltemperierte Clavier*.

Más recuerdos de Zaragoza (entre muchos más): una visita privilegiada a la Cartuja de Aula Dei, con mis excelentes compañeros y grandes amigos Pedro Marín y Luis García-Abrines (hijo, éste, de un buen médico y cirujano, que atendía también a los cartujos; y que era, y es, el hijo, gran amante de la música, muy entendido, y magnífico ejecutante al órgano y al piano, y gracias al cual frecuenté la amistad, los conciertos y los ensayos de la gran pianista Pilar Bayona). Y una agradable excursión, con esos mismos, y dirigida por D. Rafael Gastón, al Castillo de Loarre. Y la inscripción preciosa, de virgiliano rango y empaque (en memoria de unos estudiantes de la Universidad de Valencia que alcanzaron el brillantísimo honor de morir por la patria durante el sitio de Zaragoza, "... queis Caesaraugustae dum obsidione premeretur clarissimam pro patria mortem oppetere contigit..."), que tengo reproducida en *Habis*, núm. 28, 1997, p. 357.

En enero de 1946 empecé Filología Clásica en Madrid, tres cursos (3º, 4º y 5º de carrera), en los que tuve la suerte de ser discípulo (muy favorecido, otra gran suerte) de D. José Vallejo, la persona a quien debo lo más esencial de mi formación de latinista y de investigador. Con él hice mi Tesis Doctoral, fui su Ayudante, y después su Adjunto (así era entonces, de hecho) por oposición, desde junio de 1951 hasta abril de 1958, y a él le dediqué, en octubre de 1955, el primer ejemplar (hoy en paradero desconocido) de mi primer libro, *Humanismo y sobrehumanismo*:

IOSEPHO VALLEJO
 MAGISTRO OPTIMO
 VIRO BONO LIBERALI
 HOC PRIMUM EXEMPLAR
 REVERENTIAE SVMMAE
 GRATIQVE SEMPER ANIMI
 NECNON FIDELISSIMAE AMICITIAE TESTANDAE
 ERGO
 MERITOQVE LVBENSQVE SACRAVI

(estas tres últimas palabras, repetidas del final de uno de los hexámetros de la dedicatoria, en dísticos, de Usener a Bücheler, en los *Epicurea* de aquél). Su conmovida gratitud por esta dedicatoria me la expresó D. José, saliéndose de su habitual sobriedad verbal, y casi con lágrimas en los ojos.

Falleció D. José Vallejo, de repente, en febrero de 1959, siendo yo ya Catedrático de la Universidad de Murcia. La noticia me la dio mi esposa, muy despacio, pues sabía cómo me iba a afectar. Lloré como hasta entonces nunca; eran las once de la noche, y me puse en camino muy poco después, no importándome nada mi aversión a conducir de noche, y aun pude llegar al entierro.

Mi estancia como Catedrático en aquella misma Murcia donde había pasado el final de mi infancia y toda mi adolescencia (y que, en efecto, seguía siendo la misma, sin el enorme desarrollo que desde hace tiempo la ha convertido en una ciudad modernísima y de mucha vida, tanto comercial como universitaria, conservando sin embargo su tradicional atractivo y la especial dulzura de carácter de sus habitantes) fue la primera etapa propiamente creativa de mi vida (antes había predominado lo receptivo y fruitivo, si bien mis libros *Humanismo y sobrehumanismo* y *PLATÓN, Menón*, edición bilingüe, y varios artículos, igualmente anteriores a 1959, eran ya ambiciosos pasos firmes, tanto en erudición como en doctrina). Nunca había habido un Catedrático de Filología Latina (ni Griega) en aquella Universidad de Murcia (creada en 1915), no existía tradición alguna de filología clásica, y tuve yo que hacerlo todo, en parte contra viento y marea, pero con el mismo **gozo** de que antes hablé, creando todo de la nada, superando obstáculos, consiguiendo a duras penas ayudas económicas para la adquisición de buenos libros, formando una escuela que hoy, y ya desde hace muchos años, es espléndida, aprovechando lo poco que había, y reuniendo febrilmente, en cuanto pude, una biblioteca que fue el punto de partida del Departamento de Filología Clásica que al fin conseguí fundar.

Fueron ocho años, 1958-1966, y muchas veces he vuelto a Murcia muy gratamente, recibiendo siempre grandes atenciones, para diversos actos en aquella Universidad, que últimamente ha tenido para conmigo la gentileza, por obra, magnífica, de Francisca Moya del Baño y de M. E. Pérez Molina, de publicarme mi libro *Silva de temas clásicos y humanísticos*, lo que es para mí motivo de profunda y singularísima gratitud, y no en el menor grado por la Presentación, a la vez objetiva, precisa y cariñosa, con que ambos lo encabezan. La Universidad de Murcia, en suma, y esas personas muy en especial (destacadísimamente Francisca Moya del Baño, por los muchos años, casi una vida, de ininterrumpida comunicación científica entre nosotros, partiendo de la inicial relación socrático-discipular, y por sus exquisitas e infinitas generosidades), juntamente con otras como, señaladamente, Rosa M.^a Iglesias Montiel, discípula mía en Murcia y en Madrid, y Consuelo Álvarez Morán, discípula en Madrid (fieles ambas desde entonces a la línea de mi escuela), Esteban Calderón y Mariano Valverde, las tengo muy dentro en el corazón.

La persona que en Murcia, en aquellos ya lejanos años, más cariñosamente me acogió y atendió siempre, murciano de pro, de las "fuerzas vivas" de la ciudad (aunque malévolamente denostado por los rumores de algunos), fue D. Andrés Sobejano (gran amigo de D. Santiago Montero, aunque mucho mayor en edad, ya de 68 años al llegar yo a la Universidad de Murcia), Director de la Biblioteca de la Universidad, y del Museo Provincial, hombre de formación humanística, buen poeta, escritor preciosista, y a quien yo conocía desde niño, no sólo, como dije, en el Examen de Estado, sino sobre todo, antes, en el Instituto como profesor de Francés, y no menos como autor de la letra del brioso himno del Instituto (música de D. Manuel Massotti) *Animosos estudiantes* (que conservaba y conservo íntegro en la memoria, lo mismo que el *Es la noble España* que arriba he reproducido, y que por escrito me fue entregado en el Instituto el día de mi conferencia de 1993, antes mencionada; alguna vez se los he cantado, uno y otro [el del Instituto mucho más largo], a mis nietas).

Nunca olvidaré las lágrimas de D. Andrés Sobejano cuando, en octubre de 1966, habiendo él oído de mi próximo traslado a Madrid, acudió, a la salida de mi clase (una de las últimas que di en Murcia), a preguntarme si era verdad, y yo se lo confirmé. Sólo cariño podían ser, porque ni él me necesitaba para nada, ni era probable que nos volviéramos a ver, y así fue. Por eso cuando, muchos años después de su fallecimiento, cayó en mis manos el discurso de su hijo Gonzalo Sobejano, pronunciado en su investidura como Doctor Honoris causa en la Universidad de Murcia, lloré yo también de emoción al leer la detallada evocación que en él hace de su padre.

4. Años de Profesorado

Ya he hablado algo de mis años de Profesorado en la Universidad, en la de Madrid los diez primeros (Ayudante en 1948-1949, Encargado de Curso en 1950-1951, y Profesor Adjunto por oposición [de Filología Latina, pero el título añadía una enumeración de siete materias incluidas en él] en 1951-1958), y en Murcia los ocho siguientes (Catedrático de Filología Latina ["para explicar Lengua y Literatura latinas" porque ésa era la denominación de la asignatura de Latín en las Universidades que, como la de Murcia, no tenían la Sección de Filología Clásica; y tuve siempre a mi cargo también la Lengua y Literatura griegas]), 1958-1966. Añadiré ahora algunos importantes detalles, más los años de Catedrático en la Universidad de Madrid (Universidad Complutense desde 1968), que fueron veintitrés, 1966-1989.

Ya en 1956 había yo preparado y entregado el original de mi mencionada edición bilingüe del *Menón* de Platón (que apareció en abril de 1958), en el que, entre otras aportaciones a la filología y a la filosofía platónicas (aportaciones muy apreciadas, en parte, por Bluck, el mejor comentarista, hasta hoy, del *Menón*, y cuyo comentario apareció sólo tres años después de mi edición; v. detalles en *Emerita* 31, 1963, pp. 144-147, sobre todo p. 145), dejé bien asentadas mis ideas sobre lo que debe ser, y muchas veces no es, la **crítica textual**, ideas que apliqué a conciencia en la constitución de ese texto de Platón, y que he seguido aplicando siempre, también sistemáticamente, sobre todo en mi edición bilingüe de las *Metamorfosis* de Ovidio, cuyo primer tomo, que preparé en Murcia en 1959-1962 (con notas muy elaboradas, pequeñas monografías algunas, lo que era una novedad en la Colección "Alma Mater"), apareció en 1964, siendo yo todavía Catedrático en Murcia; pero también las he aplicado dondequiero que, en textos por mí comentados o utilizados, aparecen conjeturas, en vez de las lecciones codiceas, en las ediciones corrientemente admitidas como mejores, restituyendo yo siempre el texto codiceo y siempre con la adecuada fundamentación. Es cierto que "hay que contar con que la conjetura *puede* estar insidiosamente incorporada en el texto de nuestros mejores manuscritos" (p. XLII de mi Introducción al *Menón*), pero como, lo que es saberlo, no lo sabemos, no sabemos si la lección que nos choca es una conjetura deliberada, o, por el contrario, una mera corrupción fortuita, o, y, es un caso frecuentísimo, lo que realmente escribió el autor y de ninguna manera debe chocarnos, resulta que introducir nuevas conjeturas, y éstas sí que totalmente a la intemperie, a ver si toca la lotería y se acierta, no *puede* ser admisible.

Una breve, pero esencial, formulación de mi método científico general, que consiste en cimentarse sobre los datos fiables sin hacer el menor caso de las adivinaciones, y no sólo en crítica textual sino en todo, puede verse en pp. 99 s. de la **Entrevista***.

En octubre de 1966 fui designado, por concurso, Catedrático de Filología Latina (4.^a Cátedra) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid (no había más que una, y hacía ya bastantes años [23 por lo menos, creo, desde la Ley de Ordenación de la Universidad de 1943; o quizás ya mucho antes] que había dejado de "ostentar" el "pedantesco y cursi" título, muy siglo XIX, de Universidad Central), y tomé posesión pronto, el 17 de noviembre siguiente, siendo amablemente acogido por casi todo el mundo, y especialmente por el Rector Gutiérrez Ríos, que espontáneamente me procuró una asignación económica, una bienvenida y verdadera ayuda inicial de investigación, que me permitió adquirir, sobre todo, buena cantidad de buenos libros para mi Seminario de la Facultad.

Llegué con muchas ganas de trabajar (simplemente renovadas, pues ya ocho años antes, mi padre, ante el poco entusiasmo que en mí veía por volver a Murcia, aunque de Catedrático donde antes había sido alumno, me había estimulado, y le hice mucho caso, a amar mi profesión dondequiera que estuviese, y a él le debo sin duda, por eso, el principal impulso para la labor creativa, en Murcia, de que antes hablé), y trabajé sin desmayo, en clases, conferencias, investigaciones y publicaciones (sin contar las muchas horas exigidas por los cargos de Director de Departamento y Decano, v. *infra*) durante los 23 años, hasta mi jubilación en 30 de septiembre de 1989. Trabajé también, y mucho (¡hasta corrigiendo pruebas de gente nada adicta!, porque así se me había pedido a mi llegada en 1966, y yo había accedido), hasta 1971, en la Redacción de la Revista *Emerita* del C.S.I.C.; ya antes lo había hecho igualmente, durante nueve años, en 1949-1958.

Fundé en 1971, en la ya entonces denominada Universidad Complutense (en su sello ya había sido siempre, al menos en lo que yo recuerdo [no podría decir si ya desde 1836], "Universitas Complutensis – Universidad de Madrid", y así se puso en la Revista durante 21 años), fundé, digo, la Revista *Cuadernos de Filología Clásica*, con la decidida y entusiasta colaboración, desde el primer momento, de José S. Lasso de la Vega y de

* En el presente volumen, p. 44 (N. de los eds.).

Luis Gil, y la dirigí hasta 1989, publicando 23 volúmenes (1971-1989), sin limitación de páginas para los artículos que se aceptaban. Hoy, escindida en dos, sigue siendo la misma en lo esencial, en ella sigo publicando yo un par de artículos cada año, y sigue también siendo una de mis más dilectas criaturas.

Fui durante 16 años (1973-1989) Director del Departamento de Filología Latina, y, dentro de esos 16, Decano de la Facultad de Filología (el primero, pues acababa tal Facultad de empezar a ser, al dividirse en tres la de Filosofía y Letras) durante 6 años y 5 meses (1975-1982). Siempre consideré un honor ser el sucesor de personas tan ilustres como Bonilla, Tormo, Sánchez Albornoz, Morente, Besteiro, Bullón, Sánchez Cantón y Camón Aznar (este último, otro de mis ídolos, de quien tengo varios libros con autógrafo, especialmente un ejemplar, que me dedicó siendo yo todavía estudiante, de la primera edición de *El arte desde su esencia*).

En 1969 apareció el tomo II de las *Metamorfosis*, con notas tan elaboradas como las del I; y en 1983 el III, en el que sólo es mía la traducción, habiendo corrido, por encargo mío, a cargo de Bartolomé Segura Ramos la constitución del texto, el aparato y las notas.

En 1975 apareció mi *Mitología Clásica*, en Gredos, varias veces reeditada después. Es un libro en cuya preparación trabajé a conciencia durante 15 años, y que, por eso, para casi todo lo que contiene, hace superfluo consultar el Roscher, el Pauly-Wissowa o el Preller-Robert, muchas veces por mí corregidos y ampliados. Para lo que en él no tuvo cabida, no he cesado, desde entonces, de publicar estudios monográficos por el mismo estilo, unos pocos de los cuales son algunos de los que se reproducen en el presente volumen.

Y es también muy halagüeño para mí el haber formado una escuela, como antes en Murcia, también aquí, en la Universidad Complutense, escuela que fecundamente, y con valiosas aportaciones originales, sigue esencialmente las líneas de mis enseñanzas, y en la cual se incluyen nombres como, entre otros, los de Juan Gil Fernández, M.^a Emilia Martínez Fresneda, M.^a Cruz García Fuentes, Francisco Calero y la mencionada Rosa M.^a Iglesias Montiel (estos tres últimos ya en Murcia y después en Madrid), M.^a Dolores Gallardo, M.^a Dolores Lozano, la también mencionada M.^a Consuelo Álvarez Morán, mi propia hija M.^a Rosa Ruiz de Elvira y Serra y mi yerno Emilio Crespo Güemes, Rosa M.^a Agudo Cubas, Vicente Cristóbal López, Ernesto Trilla Millás, Almudena Zapata Ferrer, Emilio del Río Sanz, Ángel Escobar Chico y Amelia de Paz.

5. Tras la jubilación

En 1997 la Universidad de Alcalá me publicó, y nunca dejaré de agradecérselo íntimamente, un librito preparado con mucho cariño, *Mitología clásica y música occidental*, que tuvo su origen, en parte, en sendas conferencias pronunciadas el año anterior, en el Paraninfo de la Facultad de Filología de la Complutense en abril, y en Sigüenza, dentro del Curso de Verano de la Universidad de Alcalá, en julio. Nunca antes, en una vida tan abarrotada de música como la mía (aunque, como dije en p. 102 de la *Entrevista**, yo me considero, apasionadamente estudioso, sí, y gozador, de la música, pero un mero aficionado, por insuficiente formación; y deficiente como ejecutante), nunca antes, digo, había yo consagrado a la música varios capítulos de un libro (en éste de Alcalá: los dos primeros y parte del tercero), aunque sí había publicado años antes, en 1991 en la Revista *Scherzo*, un extenso artículo (reproducido ahora en *Silva...*) con bastantes ideas y datos, no muy conocidos de los aficionados, ni tampoco de los estudiosos de la música, sobre teoría e historia de la música.

Y, en el mismo libro de Alcalá, el capítulo más extenso, "Dido y Eneas" (que fue el título de la conferencia del Paraninfo), es una continuación, ampliación, y sólido refuerzo, del, con también el mismo título, previamente publicado en 1990 (en *CFC XXIV*, 1990, pp. 77-98), reproducido éste, a su vez, en *Silva...*. El libro de Alcalá fue presentado en el mismo año, el 19 de noviembre de 1997, en la Biblioteca Nacional, en un tan simpático como solemne acto, presidido por Antonio Fontán, y en cuya Mesa presidencial, además de él y yo, estaban también, y hablaron a su vez, José Luis Vidal (con gran sabiduría musical), Vicente Cristóbal (con su, tan sólidamente científico como cariñoso y adictísimo, conocimiento de todo lo mío), y Antonio Alvar (con simpático gracejo y adhesión; era él quien había patrocinado la publicación del libro); y, fuera de ella, *last not least*, estaba presente también gran número de personas interesadas por mis trabajos e igualmente favorables.

En cuanto a mi varias veces mencionada *Silva de temas clásicos y humanísticos*, se trata de mi libro más reciente, generosa y **diligentemente** publicado (son poquísimas las erratas que aparecen, sobre todo en el **muchísimo** griego que contiene, lo que implica un enorme esfuerzo, del que hoy es corriente librarse poniéndolo en poco agraciada transcripción, o no ponién-

* En el presente volumen, p. 46 (N. de los eds.).

dolo en absoluto) por la Universidad de Murcia, por obra, como he detallado *supra*, de Francisca Moya del Baño y M. E. Pérez Molina, que mucho colaboraron conmigo en la corrección de pruebas. Apareció todavía no hace un año, en julio de 1999, y contiene, junto a la reproducción de algunos artículos previamente publicados (como ya hemos visto en algunos casos), buen número de otros trabajos, de muy desigual extensión, elaborados por mí, casi todos, a lo largo de los años que han seguido a mi jubilación.

El título completo (*Silva de temas clásicos y humanísticos*) se lo debo, como tantas otras innumerables bondades hacia mí, a Vicente Cristóbal, que me lo sugirió en su día, cuando le enseñé el original. Y aprovecho este momento para decir que el 1 de octubre de 1.999, en la solemne Apertura de curso de la Universidad Complutense, en el maravilloso Paraninfo de Isabel II de la calle de San Bernardo, tuve la inmensa suerte y emoción de ser el padrino de investidura de Vicente Cristóbal, Catedrático de Filología Latina de la Facultad de Filología, que entonces la recibía. No deja de ser legítimamente agradable, satisfactorio y estimulante ver el reconocimiento oficial de los méritos de un discípulo tan querido.

6. Notas sobre bibliotecas

Como la mayor parte de los investigadores, sobre todo los que, como yo, cultivan a la vez diversos campos no necesariamente relacionados unos con otros, pero que yo sí suelo poner en relación entre ellos, he recorrido toda mi vida cuantas bibliotecas se me han puesto a tiro. Para citar sólo las de Madrid: para la filología clásica, la que más, y sigo frequentándola, la del Instituto "Antonio de Nebrija", hoy "Instituto de Filología", del CSIC; y mucho también, desde 1970 hasta 1989, la que desde 1970 hasta su jubilación organizó y dirigió Martín Ruipérez, y que ya entonces había llegado a ser magnífica, Biblioteca de Filología Clásica de la Facultad de Filología de la Complutense. Pero más aún, **para todo** (incluyendo la filología clásica más estricta, y su historia), he sido durante más de cincuenta años visitante, lector e investigador, asiduísimo en muchas épocas, y sigo siéndolo, de la **Biblioteca Nacional**.

Otras: la General del CSIC en Serrano; la también General, algo más limitada, del mismo CSIC, en la planta baja de Medinaceli 4 (hoy 6); las de varios otros Institutos del mismo en ese mismo edificio; la General de la Facultad de Filosofía y Letras (hoy, preferentemente, de Filología en el edificio A), en la que a veces he encontrado tesoros como la Biblia Políglota

Complutense (la de Cisneros, que hace tiempo fue trasladada a la General de la Universidad Complutense), la de Arias Montano, las *Oeuvres* de los portugueses Antoine Arnauld y Pierre Nicole (cerca de 50 volúmenes en folio las de cada uno de ellos; en francés las más, algunas en latín), varias ediciones francesas de Voltaire (alguna en cerca de un centenar de volúmenes en 4º), ediciones innumerables (creo que llegué a contar más de 40) del *Dictionary* de Calepino, la colección Lemaire, completa, de Autores latinos, los *Mythographi latini* de van Staveren, el Diodoro monumental, en dos enormes infolios, de Wesseling (que mucho tiempo tuve en préstamo en mi despacho), y, por ejemplo, de libros del siglo XIX que no están en la Nacional ni en ninguna otra biblioteca de Madrid (ni, quizás, de España), la magnífica edición platónica, completa, de Bekker, Londinii 1826 etc. (sobre la cual v. p. XXXVI de mi edición del *Menón*), y, no completa, la de Martin Schanz (el mismo que años después compuso la gran *Geschichte der römischen Literatur*), varios diálogos sueltos; en 1875 y 1887-1893, que también tengo mencionados (juntamente con sus numerosos estudios sobre Platón en 1867-1894) en pp. XXXVII y XLV de mi edición.

Por último, *last not least*, entre las bibliotecas de Madrid que más he frecuentado, tengo que hacer especial mención de la del **Ateneo**, desde mis tiempos de estudiante, juntamente entonces con la que después fue mi esposa Visitación Serra Irueste. Nos hicimos socios en mayo de 1946 (pocos meses después asistimos a una conferencia que, recién vuelto a España, dio Ortega y Gasset en el Ateneo, en un ambiente que alguien, *non sine sale*, llamó de "gran beatería orteguiana"), y la frecuentábamos juntos durante tres años. Yo seguí y sigo frecuentándola, más esporádicamente que entonces; y una anécdota, no insignificante, de mi utilización de esa Biblioteca del Ateneo (que es interesante sobre todo por sus libros del siglo XIX, como por ejemplo las obras de Castelar, obras sueltas, pues jamás, que yo sepa, se ha hecho una edición de obras completas de Castelar; yo tengo en casa, heredado de mi abuelo materno, el tomo I de su *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo*, de 1858, que comprende sólo la primera serie de conferencias que sobre ese tema dio Castelar ese año, precisamente en el Ateneo; pero es en la segunda serie donde se encuentran las maravillosas páginas sobre Hipatia que tantas veces he citado, y las he manejado siempre en el tomo V, en el Ateneo, de la misma obra), una anécdota, digo, que no deja de ser una curiosidad bibliográfica, me va a servir para terminar este apartado.

Tenía yo, en la época en que recorrió enorme número de libros sobre teoría e historia de la Estética (fue por 1968, en que escribí y expuse mi "Val-

ración ideológica y estética de las *Metamorfosis* de Ovidio", sobre la cual v. p. 103 de la **Entrevista**)*, tenía yo, digo, gran interés en echarle la vista encima a la *Aesthetik* de **Vischer** (obra verdaderamente colosal, como ya entonces, sin conocerla directamente, estaba yo, por referencias, prácticamente seguro de que lo era, y como así me resultó cuando por fin pude leerla), de la que había leído, entre otras, la extensa, inteligente y documentada reseña que presentara D. Marcelino en el tomo IV de la *Historia de las ideas estéticas [en España]*, que es lo de menos, con ser valioso, como tantas veces he señalado, de esa imponente Historia de la Estética, muy superior a las de Zimmermann, Bosanquet, Schasler, Bayer, Knight, Kuhn, y, para la de Hegel, a los trabajos de Croce, Bloch, el mismo Kuhn, Teyssèdre, y hasta del mismo grandioso y colosal, por su parte, Victor Basch; lamentablemente ignorado, todo ello, en general, fuera de España (y hasta dentro)].

Pues bien, busqué afanosamente el Vischer, sin resultado, en la Biblioteca Nacional y en las otras bibliotecas de Madrid a excepción de la del Ateneo, que, no sé por qué, no visité de momento; lo busqué también, en el verano de 1969, en la del propio Menéndez Pelayo en Santander, donde tampoco estaba el Vischer. Y por fin lo encontré en el Ateneo; lo pedí, me lo bajaron (cuatro enormes tomos, de momento; en letra gótica, refinada tortura para el lector; y se encontraba en una de las estanterías altas del salón donde está la mesa de control), pero con una espesa capa de polvo negro, de unos seis centímetros de altura, adherida al lomo superior o cabecera de cada tomo; lo sacudí como pude en una papelera, y fui a lavarme las manos antes de emprender la lectura. ¡¡Desde hacía 80 años nadie había leído el Vischer después de leerlo D. Marcelino Menéndez Pelayo, sin duda en el Ateneo!!

Muchos más años, varios siglos en muchos casos, han estado también sin ser leídos por nadie muchos de los libros que yo consulto (y otros que consultan innumerables otros investigadores) en la Biblioteca Nacional, y ello a pesar de que el traslado al edificio actual se hizo en 1898, siendo Director el dramaturgo Tamayo y Baus; incluso alguna que otra obra de la que hay muchos ejemplares, de diferentes ediciones. Un ejemplo entre mil: la edición **Thysius de Valerio Máximo**, de la que hay en la Biblioteca Nacional como una docena de ejemplares, de diversas fechas del siglo XVII, y que es el único texto (no siendo en el propio Festo), anterior al *Quo vadis* de Sienkiewicz, en que he visto, completa, la cita de Sexto Pompeyo Festo en la que se con-

* En el presente volumen, p. 48 (N. de los eds.).

tiene, y sólo en ella y en Paulo Diácono, el *Non te peto...* (v. *Silva...* p. 213, y *Entrevista* p. 101*; etc.). Thysius, en su nota a Valerio Máximo I 7,8, atribuye la explicación, de lo que eran los retiarios y los mirmilones, incluyendo el texto de Pompeyo Festo, a Justo Lipsio; pero en Justo Lipsio no he visto tampoco, completa como está en el *Quo vadis*, sino sin el "Quid me fugis, Galle", la cita de Festo: no la he visto ni en los *Saturnaliorum sermonum libri duo, qui de Gladiatoribus*, ni en el *De Amphitheatris*; ni tampoco en sus breves notas a Valerio Máximo, donde no hay ninguna para I 7,8.

Y si a alguien le interesa saber de dónde salió (ya fuera inmediatamente, ya, y es más probable, mediatamente) la escena que, abreviada, da título a la obra de Sienkiewicz (cap. 70: *Quo vadis, Domine?*, dos veces), sepa que está en muchos sitios: tengo recopiladas creo que **todas** las citas completas, con **todos** los comentarios y datos críticos, de filólogos y hagiógrafos, pero citaré sólo dos textos especialmente autorizados: Tischendorf, *Acta Apostolorum Apocrypha...*, Lipsiae 1851, pp. VIII-XX y 35 s.: (varias veces) εἰπον Κύριε, ποῦ πορεύῃ καὶ εἰπεν μοι ἔτι ἐν Ρώμῃ ἀπέρχομαι (πάλιν) σταυρωθήναι; y San Ambrosio (autoría insegura, pero texto citado como fiable, para esta tradición, por el mismo Tischendorf tras otros muchos), *contra Auxentium*, PL 16, 1011 (= 867,13 Bened.): "... et videns sibi in porta Christum occurrere urbemque ingredi, ait: Domine, quo vadis? Respondit Christus: Venio iterum crucifigi" (la tradición parece remontar a Orígenes, *In Iohannem* PG 14, 600: "Ανωθεν μέλλω σταυροῦσθαι").

Del Vischer me interesó mucho, ante todo lo que es suyo en la *Aesthetik*, pero más aún si cabe el capítulo o sección sobre estética musical, que es de Köstlin (y así lo indiqué sumariamente en el susodicho artículo musical de 1990, p. 86 (= p. 163 de *Silva...*)).

7. Breve nota familiar

Sobre mi esposa Visita (Visitación Serra Irueste), sobre mis cuatro hijos y nueve nietos, sobre mi viudez, y sobre mi segunda esposa Pilar Vázquez Fernández, así como sobre mi hermana y mi hermano, hablaré extensamente en el libro autobiográfico. Aquí diré sólo lo más nuclear, lo más dentro del corazón. Nunca quise tanto a nadie, ni a mi madre siquiera, ni a nadie jamás, como a Visitación Serra Irueste, y hasta el último minuto, sin altibajo nin-

* En el presente volumen, p. 46 (N. de los eds.).

guno, graníticamente, tiernamente. Esto quizá no se lo quieran creer algunas de las personas que saben de mi amor, también inmenso, a mi segunda esposa; pero es así: el amor no conoce reglas ni máximas ni limitaciones. Y me ha impresionado lo que acabo de leer que ha dicho (tras millones de pensamientos similares desde que el mundo es mundo), en una entrevista reciente, **Gorbachov** (cuya investidura en El Pardo tengo mencionada en p. 293 de *Silva...*): que **por encima de todo** (de la ciencia, de la disciplina, del arte, de la belleza, del éxito, hasta de la rectitud) **está el amor**: yo lo supe desde 1946, en que conocí a Visita, y lo he sabido siempre como nadie lo ha podido saber mejor. Unas breves líneas le consagré en p. 100 de la **Entrevista***; a ella están dedicados mis dos últimos libros, y así la tendré sin cesar en mi recuerdo, en mi alma entera (y en mis lágrimas) en lo que me quede de vida.

De mis hijos (Antonio, M.^a Rosa, Manuel e Isabel Ruiz de Elvira y Serra) tengo, sobre todo, satisfacciones. En lo que va de año he tenido, especialmente, las muy agradables que me han proporcionado cuatro conferencias, dos mías, en Ávila y en Alcalá, una de mi hija M.^a Rosa, preciosa (también en Ávila, con encantadora familiaridad, facilidad y dominio de la mitología en el arte), y la otra de mi hijo Antonio (también en Alcalá, en esa Universidad que es ya de lo más boyante y espléndido, con hermosa y plenísima vivencia, grata y amistosamente comunicada a los oyentes, de la ciencia como búsqueda de la belleza).

25 de junio de 2000.

* En el presente volumen, p. 45 (N. de los eds.).